va haciendo cada vez mas fecunda. Podriamos decir que está mas en el porvenir que en el pasado. Sin embargo, ¡qué pasado se parece al suyo! ¡Diez y ocho siglos de triunfo desde su aparicion, y cuarenta siglos anteriores de espectacion y de profecías, es decir, todo el tiempo trascurrido desde el orígen del tiempo! Pero está mas todavía en el porvenir, pues la humanidad, hecha por él cada vez mas capaz de recibir sus aplicaciones, irá recogiendo de él mismo bienes siempre mas perfectos, sin poder llegar nunca, no obstante, á la perfeccion de su divino modelo.

Tal es el cristianismo considerado en sus efectos temporales y sociales. De aquí se sigue que es por escelencia la religion de la humanidad, y por consiguiente de su Autor.

Hagamos sobre todo cuanto acabamos de decir en el presente capítulo, una consideracion general que lo resume.

Entre tantas pruebas de la divinidad del cristianismo, no quisiéramos, para llamar la atencion de algun incrédulo de buena fé, mas que la siguiente:

Un hecho cierto y su necesaria consecuencia.

Este hecho cierto consiste en que las tinieblas de la supersticion cubrian el globo, y que la idolatría, el politeismo y todas sus prácticas insensatas y degradantes, es decir, el error mas grosero y los mas impúdicos vicios, eran el estado constante y universal de la especie humana, y se reflejaban en las sociedades por la violacion de todos los vínculos sociales de los hombres entre sí, haciéndolos pasar del yugo de la violencia al de una irremediable corrupcion;—que únicamente el cristianismo arrancó el mundo á esta perniciosa influencia, completamente y sin retroceso, desde el momento en que apareció y en todas partes donde brilló, y que el culto, en espíritu y verdad, de un Dios tres veces santo, criador, salvador y remunerador, con todas sus benéficas emanaciones y todas sus aplicaciones sociales, es decir, aquella sublime filosofía de la ley natural, purificada de toda alianza, que las mas elevadas inteligencias de la antigüedad no hicieron mas que entrever, se convirtió por su medio en la ciencia práctica y vulgar de todos los espíritus sin distincion, en el encanto de los corazones, en el sentido comun de los pueblos, y como en el ambiente de la naturaleza humana;—que en donde no penetró el cristianismo, subsistió sin ninguna modificacion el mismo antiguo estado de supersticion y de grosera idolatría, y que vemos aún sus tinieblas agrupadas é inmóviles en la estremidad del horizonte cristiano, sin que puedan desaparecer por sí mismas, tan inherentes son á la flaqueza humana, ni subir á turbar la serenidad de nuestro cielo, tan poderoso es el cristianismo para contenerlas;—que regiones en otro tiempo libradas como nosotros de estas tinieblas por el cristianismo, y que brillaron bajo su influencia con todo el esplendor de la inteligencia y de la virtud, habiendo dejado de obedecerle, en Africa y Asia, volvieron á caer desde luego en el embrutecimiento y abyeccion de las razas degeneradas, y permanecen hace muchos siglos estacionarias en la noche en que las dejó el cristianismo al retirarse;—en fin, que esa actividad de las facultades morales, intelectuales y sociales, ese desarrollo progresivo de luces y de humana sociabilidad que llamamos civilizacion, ese continuo perfeccionamiento que en todas las cosas apetece siempre lo mejor, y que á pesar de sus equivocaciones y abusos, es evidentemente la fé y el fin de la humanidad; que la civilizacion, decimos, en todo cuanto merece tan bello nombre, es efecto de una virtud atractiva del Evangelio, sigue por todas partes los pasos de sus apóstoles, se eclipsa ó reaparece con su culto, se altera ó se mejora, segun que se apartan de él ó se le acercan, y es como su irradiacion.

Este es el hecho cierto, acaso el mejor caracterizado de todos cuantos se pueden presentar.

He aquí su necesaria consecuencia:

Luego hay en el cristianismo algo que eleva y sostiene la razon, el corazon, la sociabilidad, todo el edificio de la naturaleza humana, á una altura á que sin él no puede llegar, y que por él va sin cesar aumentándose; un principio que en todas partes donde se pone en contacto con la humanidad, cualquiera que esta sea, pagana ó bárbara, salvaje ó culta, decrépita ó naciente, realiza en todos sus miembros indistintamente una perfecoion de inteligencia, moralidad y civilizacion, que no pudo darse á sí misma jamas, á pesar de todos los esfuerzos de cuarenta siglos anteriores á la revelacion de este principio; de la cual se ha visto eternamente privada en todos los lugares donde él no habia aún penetrado; la cual no ha podido conservar en las regiones que él ha abandonado; luego este principio, decimos, viene de otra parte que de esta misma humanidad, é implica la intervencion regeneradora de su primer Autor; probaria la ecsistencia de este supremo Autor, si no lo estuviese ya por la ecsistencia de la humanidad misma, y la prueba mas aún, porque la ecsistencia de Dios no resulta de la grande obra de la creacion y de la humanidad, que es su reina, sino por via de induccion, y se encuentra oscurecida en ella por aquel gran misterio de desórden que parece acusar al autor de la obra, mientras que el principio cristiano nos hace asistir á la operacion misma de Dios en nosotros y en torno nuestro, nos da la conviccion de su esperiencia, lo justifica de la imputacion de nuestros desórdenes, reparándolos, y lo revela por medio de caractéres de verdad, de santidad y de amor, que lo hacen visible á nuestro espíritu, sensible á nuestro corazon, palpable hasta cierto punto á nuestros sentidos, y realizan aquel hermoso nombre con que él mismo quiso hacerse llamar: DIOS-CON-NOSOTROS.

CAPITULO VIII.

ESTABILIDAD DEL CRISTIANISMO EN LA PERPETUIDAD DE SU CONSTITUCION CATÓLICA.

Para hacer entrar tantas y tan vastas consideraciones en el estrecho espacio á que hemos tenido que reducirnos en el capítulo anterior, nos ha sido preciso darlas en síntesis, y prescindir de todas sus aplicaciones. De otro modo, apenas nos hubiera bastado para esta sola materia una obra de la estension de la que vamos á terminar. De esta imperfeccion resultará sin duda que los que se sienten inclinados por su prevencion á contradecir aquellas consideraciones, las encontrarán incompletas. Por otra parte, no ignoramos que para ellos son necesarias demostraciones rigurosas, y que á veces ni con esto se contentan; pero esperamos tambien que los talentos meditabundos y sinceros [cuyo número va aumentándose todos los dias], que aman la verdad hasta bajo sus velos, y que tendrian á escrúpulo el hacerla solidaria de la debilidad de sus apologías, sabrán reconocerla y comprenderla á pesar de la insuficiencia de nuestra esposicion, y acaso hasta se la apropiarán con tanta mas razon, cuanto que les habremos dejado mas trabajo para acabar de conocerla.

Por lo que á nosotros toca, tenemos conciencia de esta verdad en todo cuanto sobre ella acabamos de decir, y habremos llenado nuestro objeto, si hemos podido comunicarla en este simple estado de conciencia, que por lo demas es el postrer resultado de toda demostracion, lo mismo que su principio, y hasta puede prescindir de ella.

Sin embargo, creemos deber entrar, aunque por un momento, antes de terminar los presentes *Estudios*, en un terreno mas firme contra las ecsigencias del error, y llegar á sentarnos sobre esa roca de la Iglesia de Jesucristo, fundamento de todo cristianismo verdadero, y prueba material siempre creciente de su divinidad.

Esta prueba es demasiado considerable para no habernos debido llamar la atencion muchas veces en el curso de estos *Estudios;* con frecuencia hemos hablado de ella, y sin embargo tenemos necesidad de terminar por ella, porque parece mas particularmente la prueba de nuestra época, hecha mas elocuente por las grandes ruinas que acabamos de atravesar, y por las que nos amenazan á medida que vamos rehabilitándonos, y en medio de las cuales aquella *piedra*, colocada por la mano de Jesucristo, se sostiene y descuella sola despues de diez y ocho siglos, como la única piedra de esperanza para el porvenir.

Invitamos á todos los que nos han hecho el honor de seguirnos en el ecsámen de las varias partes del edificio cristiano, á echar con nosotros una mirada, la postrera, sobre ese gigantesco todo de la Iglesia, cuyas gradaciones son siglos y que va siempre elevándose; sobre el hecho inconmensurable de la estabilidad y perpetuidad de la Iglesia de Jesucristo en su visible constitucion terrestre, es decir, en el Papado.

Por esto se ha hecho fácil nuestra tarea; no tenemos mas que hacer que callar y dejar que hablen los mismos que no participan de nuestra fé: su incredulidad se conmueve y destruye por sí misma ante esta gran manifestacion de la verdad. Debemos con tanto mas motivo hablar así, supuesto que, ademas de la autoridad que consigo lleva la confesion, el lenguaje de la incredulidad tiene, cuando se ve obligada á rendir homenaje á la verdad que le es contraria, una fuerza, una originalidad y una franqueza de espresion que nosotros, creyentes, no podemos encontrar, por la razon de que la fé y el hábito de la verdad nos la hacen demasiado identificados con ella, y no nos entusiasma, porque la poseemos mientras que cuando la buena fé del incrédulo, en los intervalos lucidos de su prevencion, le permite ver la verdad, la ve mejor hasta cierto punto, porque la ve desde fuera y á alguna distancia; siente mejor su fuerza, porque está luchando con ella, y ella lo posee tanto mejor, cuanto que él no la posee á ella.

Habráse podido notar ya esto en las citas de la incredulidad, de que por esta causa hemos procurado sembrar nuestros *Estudios*, pues es una gran prueba de la verdad de una doctrina, el que sus adversarios la confiesen y hablen á veces de ella mejor aún que sus partidarios, y esto es lo que vamos á poner de manifiesto en los testimonios que produciremos respecto del grande asunto del presente capítulo.

Tres historiadores, profesores de la protestante Alemania, Hurter, Voigt y Ranke, se han dedicado, cada uno separadamente, al estudio del Papado. El primero, que despues ha señalado á los otros dos el camino de la sumision á la verdad católica, tomó por asunto la vida de Inocencio III, el segundo la de Gregorio VII, y el tercero las revoluciones del papado, principalmente con respecto á la reforma protestante. ¡Cosa admirable, y cuya razon no puede encontrarse sino en la verdad de nuestra fé! Estos asuntos, tan peligrosos á causa de las prevenciones y calumnias del último siglo, y que los mismos católicos no se atrevian á tocar, se han convertido en la pluma concienzuda, aunque hostil por posicion, de los tres citados escritores protestantes, en honor del catolicismo y en prueba de su verdad ante la razon. ¡Qué destino es, pues, el de esa Iglesia, que cuando se ve, despues de tantos siglos, ultrajada por sus propios hijos, encuentra vengadores en los que habian sido hasta entonces sus adversarios, y ve que en el dia le dan gloria los herederos de los que tanto se la disputaron hace trescientos años!

Pero lo mas notable es el eco que este homenaje, salido de la protestante Alemania, ha encontrado en Inglaterra, en la que, como todo el mundo sabe, se ha apoderado de las mismas eminencias científicas un gran movimiento de retorno hácia el catolicismo.

Un hombre de estado de este ilustre pais, que tomó parte, como ministro de la guerra, en sus consejos; un publicista de los mas distinguidos, cuya pluma enriquece sus revistas, M. Macauley, se ha aprovechado de la obra de Ranke para decir la verdad acerca de la Iglesia católica, tal como se nos presenta en la sucesion de las revoluciones que ha ido atravesando hasta nuestros dias. Su testimonio es tanto mas poderoso, cuanto que no se halla aún libre de las prevenciones de su secta, y se halla sobre esa pendiente de retorno á la verdad, por la cual discurren en el dia tantos buenos talentos, y hácia

la cual los arrastra su propio peso. Vamos á citar y analizar aquel memorable trabajo.

"No hay ni ha habido nunca en la tierra una obra de la política humana, tan digna de ecsámen y estudio como la Iglesia católica-romana. La historia de esta Iglesia enlaza las dos grandes épocas de la civilizacion. Ninguna otra obra ecsiste ya que nos traiga á la memoria aquellos tiempos en que salia del Panteon el humo de los sacrificios, mientras que los tigres y leopardos saltaban en las arenas del anfiteatro Flaviano. Las mas soberbias casas reinantes datan solo de ayer, comparadas con esa sucesion de soberanos pontífices, que por una serie no interrumpida se remonta desde el papa que en el siglo XIX consagró á Napoleon, hasta el que ungió á Pepino en el VIII. Aun mucho mas allá de Pepino va á perderse la augusta dinastía apostólica en la noche de las éras fabulosas. La república de Venecia, que en antigüedad seguia despues del papado, era moderna comparativamente; pero aquella república no ecsiste ya, y el papado subsiste todavía, no en estado de decadencia, no como una ruina, sino lleno de vida y en una vigorosa juventud. La Iglesia católica envía aún á las estremidades del mundo misioneros tan celosos como los que desembarcaron en el condado de Kent con San Agustin, misioneros que aun se atreven á hablar á los reyes enemigos con la misma libertad y energía con que lo hizo el papa San Leon en presencia de Atila. El número de sus hijos es ahora mas considerable que en ningun otro de los siglos anteriores. Sus adquisiciones en el Nuevo Mundo lo han abundantemente compensado de lo que perdiera en el antiguo. Su supremacía espiritual se estiende en las vastas regiones situadas entre las llanuras del Misuri y el cabo de Hornos, regiones que antes de cien años contendrán probablemente una poblacion igual á la de Europa. Los miembros de su comunion llegarán seguramente hasta ciento cincuenta millones, y es fácil demostrar que todas las demas sectas juntas no forman un número de ciento veinte millones. No hay por ahora ninguna señal que indique que está prócsimo el término de esta inmensa soberanía. Ha visto el orígen de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que ecsisten en el dia, y no nos atreveriamos á decir que no está destinada á ver su fin. Era ya grande y respetada antes de que los sajones pusieran el pié en el suelo de la Gran Bretaña, antes de que los francos pasaran el Rhin, cuando florecia aún la elocuencia en Antioquía, cuando los ídolos eran adorados todavía en el templo de la Meca. Puede, pues, ser grande y respetada, aun cuando algun viajero de la Nueva Zelandia se detenga en medio de una vasta soledad, al lado de un arco roto del puente de Lóndres, para estudiar las ruinas de San Pablo." (1)

Despues de esta rápida y general ojeada sobre la institucion de la Iglesia, se pregunta el célebre publicista (2), de qué manera podria semejante institucion perecer. Se repite mucho, dice, que el progreso de las luces debe ser favorable al protestantismo y perjudicial al catolicismo; *quisiéramos poderlo creer, pero lo dudamos*, al ver que no le han sido contrarios los inmensos pasos que el espíritu humano ha hecho dar hasta aquí á las ciencias naturales, ni el perfeccionamiento que han alcanzado el arte de gobernar, la política y la legislacion. Lejos de esto, creemos que si algun cambio hay, ha sido muy favorable á la Iglesia de Roma. Y cuando por otra parte consideramos los terribles ataques á que ha resistido, nos es dificil concebir que pueda perecer.

Aquí M. Macauley entra en una rápida y brillante esposicion histórica de las luchas porque ha pasado la Iglesia hasta nuestros dias. Dejando á un lado las persecuciones sangrientas, multiplicadas y prolongadas que le disputaron su establecimiento, la toma solamente en una época en que se hallaba establecida y honrada entre los pueblos, en el siglo XI, es decir, á mas de la mitad de su larga ecsistencia.

Cuatro veces, dice, desde aquella época se ha rebelado el espíritu humano contra su yugo.

La primera de estas insurrecciones estalló en el Mediodía de la Francia, á favor de la relajacion de costumbres y de las comunicaciones de aquel pais con los pueblos infieles; la heregía de los albigenses habia comunicado á todos los corazones el desprecio y odio al yugo católico. El papado habia perdido su autoridad en todas las clases, desde los grandes señores del feudalismo hasta los simples aldeanos. La posicion geográfica de los sectarios, hacia el peligro particularmente formidable á la gerarquía, y parecia probable que bastaria una sola generacion para propagar la doctrina reformada en Lisboa, en Lóndres y en Nápoles; pero no debia suceder así. Volaron al socorro de la Iglesia los guerreros del Norte de Francia; la Iglesia por su parte produjo dos órdenes célebres de su milicia espiritual, los franciscanos y los domínicos; la heregía quedó vencida en el doble terreno de la fuerza y de la persuasion, y la Iglesia, un momento antes amenazada de una ruina total, parecia ya inespugnable, defendida por el amor, el respeto y el terror del género humano.

Habia trascurrido siglo y medio, y vino el gran levantamiento del espíritu humano contra la dominacion espiritual de Roma. El poder del Papado habia llegado á su apogeo. Contuvo al poder temporal, á pesar de todos los recursos de la política y de la guerra que desplegara para defenderlo Federico II, el mas hábil de todos los emperadores de Alemania. Pero se declaró al fin una terrible reaccion contra el poder romano. El hombre que mas parte tomó en esta revolucion fué Felipe IV, llamado *el Hermoso*, rey de Francia, príncipe déspota por situacion y por temperamento, sombrio, implacable, sin escrúpulos, igualmente dispuesto á la violencia

(1) Este artículo pareció en Octubre de 1840 en la *Revista de Edimburgo*, que goza en Inglaterra de gran crédito y que ha sido siempre la revista de los whigs. Fué traducido al frances en la *Revista Británica* de Enero de 1841. M. Macauley tomó en él por testo la *Historia del papado durante los siglos* XV y XVI, por Ranke.

(2) En la parte analítica en que vamos á entrar, hemos conservado las espresiones características.

y al embrollo, y rodeado de camarillas indignas. El mas valiente y altivo de los pontífices romanos, preso en su palacio por órden de Felipe y cobardemente ultrajado, murió loco de despecho y de terror. La sede papal se traslada á Avignon bajo la dependencia de la Francia; empieza el gran cisma de Occidente; se divide la fé de los pueblos, y en medio de tan fatales circunstancias se hace oir la voz de Juan Wiclef, que conmueve á la Inglaterra y resuena hasta en el corazon de la Bohemia.—Despedazada así la Iglesia por el cisma, y rudamente atacada á la vez en Inglaterra y en Alemania, se encontraba en una situacion casi tan apurada y peligrosa como en la época de la crísis que precedió á la cruzada de los albigenses.—Tambien se desvaneció este peligro: la autoridad civil prestó á la Iglesia un apoyo vigoroso, el concilio de Constanza puso fin al cisma, y el mundo católico volvió de nuevo á la unidad bajo un solo gefe.

Pasó apenas otro siglo, y empezó el tercero y mas memorable esfuerzo en favor de la libertad espiritual. Aquí M. Macauley pinta con grandes rasgos la lucha inmensa empezada por las predicaciones de Lutero contra las indulgencias, y que terminó ciento treinta años despues con el tratado de Westphalia. La victoria del protestantismo fué rápida y completa en los paises septentrionales de Europa. Una multitud de circunstancias la favoreció, y parecia que debia eternizarla; no obstante, cincuenta años despues del dia en que Lutero habia quemado la bula de Leon X delante de las puertas de Wictemberg, empezaba el protestantismo á perder terreno para no reconquistarlo jamas. En el Mediodia se habia dejado ver el celo católico en todo su fervor. Apodérase de la Iglesia de Roma el espíritu de reforma en las costumbres y disciplina, y durante una sola generacion, este espíritu la renueva desde el palacio del Vaticano hasta la ermita mas oscura de los Apeninos; todas las órdenes religiosas son reformadas y purificadas, y todas producen obras de desinteres y de santidad, dignas de los antiguos tiempos, y principalmente los pontífices romanos presentan en sus personas toda la austeridad de los primeros anacoretas de la Siria. Paulo IV conservó sobre el trono pontificio el mismo fervor de celo y devocion que habia observado en el convento de los teatinos; debajo de sus espléndidas vestiduras ocultaba Pio V el cilicio de un simple fraile, iba con los piés desnudos presidiendo las procesiones, y edificaba á su rebaño con innumerables ejemplos de humildad, de caridad, de perdon de las injurias, al mismo tiempo que sostenia la autoridad de su silla y las doctrinas ortodoxas con toda la obstinacion y vehemencia de un Hilbedrando. Gregorio XIII se esforzó no solamente en imitar, sino hasta en esceder á Pio V en las severas virtudes de su santa profesion. Siendo así la cabeza, pronto lo fueron tambien los miembros. Aquella renovacion del espíritu interior producia en el esterior inmensos recursos de celo y de desinteres por la defensa de la Iglesia. Aparecieron entonces en la escena los jesuitas, y al poco tiempo estaban ya en todas partes, á despecho del Océano y de los desiertos, de la peste y del hambre, de los espías y de las leyes penales, de los calabozos y torturas, de los suplicios y cadalsos, tomando todas las formas, en todos los paises, argumentando, instruyendo, consolando, entusiasmando los corazones de la juventud, animando el valor de los tímidos, ofreciendo el crucifijo á la vista de los agonizantes; inflecsibles en una sola cosa, en su fidelidad á la Iglesia. Al mismo tiempo que la Iglesia sacaba de su seno estos recursos espirituales, se aprovechaba tambien de los recursos temporales que la autoridad civil de los estados que permanecian católicos, desplegaba para defenderse de las invasiones de la heregía. Así, mientras que el protestantismo se propagaba rápidamente por una parte de la Europa, se estendia tambien con rapidez por la otra, la regeneracion católica. Entre las dos regiones hostiles, se estendia geográfica y moralmente un *gran territorio disputado*, la Francia, la Bélgica, la Alemania meridional, la Hungría y la Polonia, cuya conquista debia decidir la victoria. La victoria de las dos generaciones que subsiguieron, es la de la lucha por la posesion de este territorio misto ó dudoso. La fortuna pareció al principio enteramente favorable al protestantismo, pero la victoria fué al fin por la Iglesia romana. Venció en todos los puntos, y durante el curso de doscientos años, el protestantismo no ha sido capaz de reconquistar lo que entonces perdiera.—Por otra parte, es menester no olvidar, añade M. Macauley, motivando difusamente este juicio, que aquel brillante triunfo del Papado debe principalmente atribuirse, no á la fuerza de las armas, sino á una grande reaccion de la opinion pública en su favor.

Casi un siglo despues del establecimiento definitivo de los límites entre el protestantismo y el catolicismo, empezaron á manifestarse las señales del cuarto peligro de la Iglesia romana: la filosofía. El nuevo peligro era muy distinto de los anteriores; hasta entonces solo habia sido atacada una parte de las doctrinas de la Iglesia, pero la naciente escuela las rechazaba todas; su símbolo era negativo. Los nuevos sectarios tomaban una de sus dos premisas á los protestantes y la otra á los católicos; admitian con estos que el catolicismo era el único cristianismo puro, y sostenian con aquellos que muchas partes del cristianismo eran contrarias á la razon. De semejante amalgama debian resultar, por una necesidad lógica, las conclusiones de Voltaire. Sin embargo, la sola negacion no ha turbado jamas la paz del mundo; y si el patriarca de la *santa* Iglesia filosófica se hubiese contentado con mofarse de la historia de Saul ó de las mujeres de David, y con criticar la poesía de Ezequiel con el mismo rigorismo con que analiza las obras de Shakspeare, poco hubiera tenido que temer la Iglesia. Pero el secreto de su fuerza y de la de los demas filósofos estaba en la mezcla de la verdad con sus errores, y en el generoso entusiasmo oculto en sus impertinencias. Las únicas armas eficaces con que los filósofos atacaron la fé evangélica, estaban sacadas de la moral del Evangelio. Al dogma y á la moral del Evangelio se les habia puesto lastimosamen-

te en pugna. Habia por un lado una Iglesia que se gloriaba de la pureza de una doctrina trasmitida por los apóstoles, pero empañada por los escesos de los poderes temporales que le habian dado la mano; y por otro una secta que hacia irrision de esta doctrina, y que decia hallarse dispuesta á desafiar á todos los poderes de la tierra, por la causa evangélica de la justicia, de la caridad y de la tolerancia. La irreligion, *accidentalmente* asociada á la filantropía, triunfó por algun tiempo de la Religion, *accidentalmente* ligada con los abusos políticos y sociales. Las nuevas doctrinas se esparcieron rápidamente por toda la cristiandad; Paris fué su capital en el continente, y los preceptores de la Francia lo fueron luego de toda la Europa. Y no las adoptaba el espíritu público solamente; hasta los gobiernos arbitrarios le abrian las puertas, y entre los iniciados estaban los soberanos de Prusia, de Rusia y del Austria. La Iglesia de Roma era aún, á lo menos ostensiblemente, tan espléndida y tan sólida como nunca; pero se hallaban minados sus cimientos. El primer acontecimiento que puso de manifiesto esta situacion fué la caida de la sociedad de Jesus. Sobre sus ruinas se desbordó con espantosa rapidez el movimiento filosófico. Los sucesores de Voltaire ecsageraron sus doctrinas, y al fin la revolucion estalló. La antigua Iglesia de Francia, con toda su pompa y sus riquezas, desapareció. Algunos de sus sacerdotes compraron el derecho de vivir separándose de Roma; otros se mancharon con la apostasía, y se hicieron perseguidores; fueron degollados muchísimos, y los restantes huyeron buscando un asilo á la sombra de altares enemigos. Cerráronse las iglesias, emmudecieron las campanas, las reliquias fueron profanadas, y los sagrados vasos fundidos. Los bufones, vestidos con capas pluviales, iban á bailar la *carmañola* delante de la Convencion. El busto de Marat destronó al de los mártires, y una prostituta, colocada sobre los altares de *Nuestra Señora*, recibió las adoraciones de la multitud, que esclamaba que al fin aquellos arcos góticos resonaban por primera vez con los acentos de la verdad. Las desgracias de la Iglesia no se limitaban á la Francia. El espíritu revolucionario se hizo conquistador é invadió toda la Europa; la España fué luego vasalla suya, y la Italia le estuvo sujeta. Fueron saqueados los conventos de Roma; la bandera tricolor flotó sobre el castillo San Angelo, y el sucesor de San Pedro, preso por los impíos, murió en su poder, y por mucho tiempo estuvieron sus restos sin los honores de la sepultura.... No es estraño que en 1799, hasta los observadores dotados de cierta sagacidad, hubiesen podido creer que habia llegado la última hora de la Iglesia Romana; un poder enemigo triunfante, el Papa muriendo en el cautiverio, los mas ilustres prelados de Francia, viviendo en pais estranjero de la limosna de los protestantes; los mas hermosos edificios que la munificencia de los siglos habia consagrado al culto de Dios, convertidos en templos de la Victoria ó en salas de festin: semejantes señales podian muy bien ser consideradas como indicios ciertos del fin de aquella larga dominacion.

"Pero no era este su fin. Herida nuevamente de muerte, la *borza blanca* (1) no debia por esto perecer. No se habian aún concluido los funerales de Pio VI, y habia empezado ya una gran reaccion; reaccion que despues de cuarenta años va en aumento todavía. La anarquía habia tenido su dia; pero de aquel caos salia un nuevo órden de cosas, nuevas dinastías, nuevas leyes, nuevos títulos, y en medio de todo volvia á aparecer la antigua religion.

"Refiere una fábula árabe que la gran pirámide fué edificada por reyes antidiluvianos, y que fué la única obra de los hombres que sobrevivió al diluvio. Tal fué la suerte del Papado; habia quedado sepultado en la grande inundacion, pero sus cimientos no se conmovieron, y cuando disminuyeron las aguas, apareció solo en medio de las ruinas del mundo que acababa de ser destruido. La república de Holanda, el imperio de Alemania, el gran consejo de Venecia, la antigua Liga helvética, la casa de Borbon, los parlamentos y la aristocracia de Francia, habian desaparecido; la Europa estaba llena de creaciones nuevas: un imperio frances, un reino de Italia, una confederacion del Rhin. Los últimos acontecimientos no habian solamente afectado las instituciones políticas y los límites territoriales; la distribucion de la propiedad, y el espíritu y la composicion de las sociedades, habian en casi toda la Europa católica sufrido un cambio completo; pero la Iglesia, siempre inmutable, estaba aún en pié.

"Algun historiador futuro, tan hábil y moderado como el profesor Ranke, contará, *lo esperamos*, la resurreccion católica en el siglo XIX. Sentimos que al hablar de una época tan cercana á la nuestra, corramos peligro de decir cosas que podrian escitar las pasiones y la cólera; haremos, pues, no mas que una observacion que parece merecer una séria atencion.

"Durante el siglo XVIII, la influencia de la Iglesia romana fué constantemente declinando; la incredulidad hizo grandes conquistas en todos los paises católicos de Europa, y hasta obtuvo en algunos un completo ascendiente; el Papado fué en fin rebajado lo suficiente para llegar á ser objeto de irrision de los incrédulos, y de la compasion mas bien que del ódio de los protestantes. En el siglo XIX, esa misma Iglesia tan abatida, se ha ido levantando gradualmente de este abatimiento, y ha reconquistado ya su soberano poder. Los que reflecsionen con calma en lo sucedido últimamente en España, en Italia, en la América meridional, en Irlanda, en los Paises bajos, en la Prusia y en la misma Francia, no podrán dudar de que su imperio sobre el corazon y el entendimiento de los hombres es mayor de lo que era cuando aparecieron la *Enciclopedia* y el *Diccionario filosófico*. Es verdaderamente notable que ni la revolucion moral del siglo XVIII, ni la contrarevolucion del XIX, no hayan añadido nada al poder del protestantismo. Durante la primera de estas dos épocas, todo lo que estuvo perdido para el

(1) Alude á una calificacion dada al catolicismo por Dryden en una de sus sátiras alegóricas.

catolicismo lo estuvo tambien para el cristianismo; durante la segunda, todo lo que el cristianismo reconquistó en paises católicos, lo reconquistó para el catolicismo.... Del siglo XVI acá, algunos pueblos católicos han pasado del catolicismo á la incredulidad, y vuelto á pasar de la incredulidad al catolicismo: no hay ni uno solo que se haya hecho protestante."

El que escribió estas líneas es protestante, pero es al mismo tiempo hombre de estado, y publicista distinguido, que dice la verdad conforme la ve, y que la dice en un pais en el que va recibiendo de dia en dia una confirmacion sensible, aun cuando se abstenga de consignarla. Despues de escrito este artículo, el movimiento católico en Inglaterra, no ha cesado de justificar toda su significacion circunstanciada. En cuanto á su significacion absoluta y dogmática, no nos atreveriamos á lisonjearnos de que sea completa respecto del autor, y que él mismo haya reconocido aún la gran consecuencia que de ella resulta: la divinidad del cristianismo. Se limitó á consignar el hecho, á hacerlo resaltar. No se crea que esto sea poco, pues aquí el hecho es la idea, el dogma, y no obstante son tales los secretos miramientos del error con respecto á la verdad revelada, que no es raro que un mismo hombre consigne admirablemente el hecho, haga deducir á todos su consecuencia dogmática, y no la vea sin embargo él mismo, aun cuando sea inmediata y necesaria. Hasta sucede á veces que la ve en cierto modo sin verla, y la dice sin comprenderla. Queriendo Dios hacernos sentir que la fé es un don, y al mismo tiempo el premio de la sumision y la perseverancia en merecerla, permite á veces estas singulares contradicciones; no hace caer las escamas de ceguera sino una á una, y no las cura sino sucesivamente, como hizo con aquel ciego del Evangelio, al cual preguntó, despues de haberlo tocado una vez, *si veia algo*, y él contestó: *Veo los hombres como árboles que andan.* (1).

Hay otro ejemplo mas notable todavía de ese estado de transicion respecto de la misma verdad, que es objeto del presente capítulo.

En un artículo publicado en Bélgica *dos años antes* que el de M. Macauley, M. Eugenio Robin, publicista de mucha fama, manifestó la impresion que debe causar en todo el que considere un poco las cosas, el grande hecho de la perpetuidad del poder católico. Pero, á diferencia de Macauley, no se ocupó solamente del hecho, sino que detras de éste se le aparecieron la idea y el dogma: no pudo evitarlos, y, como Balaam á la vista de Israel, profetizó la fé, de que sin embargo no participaba todavía.

Vamos á transcribir dicho artículo; lo recomendamos á los que se hallan en el mismo estado en que se encontraba á la sazon su autor, y confiamos no permanecerán en él por mucho tiempo:

"Un hombre de talento y de corazon, dijo un dia delante de mí (yo era niño todavía): En la actualidad no hay en el mundo nada fijo y estable, en lo cual pueda uno fijar su vida. Las ideas y los reyes pasan; todo muda, todo se gasta con una rapidez devoradora. La sociedad cambia diez veces de faz entre la cuna y el sepulcro de un mortal. Verdaderamente, en medio de esta versatilidad de las cosas, no hay mas que una ciudad y un hombre, que por su inmovilidad en el Océano del tiempo, presente á nuestro espíritu una imágen de enlace y perpetuidad: Roma y el papa. Buscadme, para los que están cansados de errar á merced de todos los vientos, y que piden á la vida la calma de la eternidad, un refugio seguro donde encontrar abrigo, un puerto siempre abierto para amarrar su barca, á no ser que sea en esa roca mas alta que las tempestades: Roma y el Papado.

"Estas palabras, soltadas sin pretensiones y en medio de una conversacion sucesivamente frívola y séria, cayeron sobre mí, y conservé siempre su recuerdo: tanta impresion me habian causado. En efecto, para la incredulidad sistemática, para las mas rebeldes convicciones, para tantos, en fin, que nos hallamos estraviados en las tinieblas de la duda, ¿no es un espectáculo capaz de dispertar el sentimiento creyente, adormecido ó sofocado en nosotros, esa formidable inmutabilidad contra la cual se han estrellado siempre el tiempo, las guerras, las torturas y el desprecio; esa fijeza de un solo punto enmedio de todo lo que pasa para no volver: esa luz combatida por el soplo de todas las tempestades, y que ningun viento puede apagar; esa fé tan mística, tan inmaterial, que se manifiesta á la humanidad por la evidencia de un hecho material, único en la historia del mundo?

"No sé á quién se debe este espiritual capricho: *Nada es tan absurdo como un hecho.* Sí: el hecho de la víspera que contradice el hecho del dia siguiente; el hecho producido por casualidad en el trabajo cotidiano de un pueblo que desmiente la idea especulativa, salida de la cabeza de un hombre; el hecho que se apresura á colocarse detras del hecho para probar algo, y cuyo imprevisto choque destruye todo lo logrado antes con gran trabajo.

"Pero un hecho como éste: El apostolado, confiado por el Cristo hace mas de diez y ocho siglos á uno de sus discípulos, se ha ido perpetuando de papa en papa hasta nuestros dias; poder decir esto hoy y estar seguro de lo que se dirá mañana, debe significar algo muy notable. Y si se considera que desde el dia en que se pronunciaron aquellas palabras en la Judea, la barbárie, el cisma, la reforma y la filosofía se han sucesivamente arrojado con fuego y espada en mano sobre aquella silla ocupada por el mismo apóstol, reproducido en mil vidas; que Roma, la ciudad eterna de los tiempos modernos, como lo era en la antigüedad, ha sido tomada, vuelta á tomar, ocupada y saqueada por todas las plagas salidas del Oriente y del Occidente; que no hace mas que tres siglos entraron en ella, en nombre de Lutero, unos soldados embriagados, capitaneados por un renegado, y que no han pasado sino treinta años desde que un emperador, soberano suyo por conquista, le enviaba un prefecto, como hacian los de Constantinopla en los primeros tiempos de sus pontífices; ¡ah! entonces el hecho se pone al nivel del

(1) Marc., VIII, 24.